

Se abrieron las puertas; y al momento, caballos, burros, mujeres, niños, carros, corrieron á París á riesgo de ahogarse todos en la estrechez de los dos pilares del puente levadizo.

En un cuarto de hora pasó, por aquella vasta arteria que llamaban la calle de San Antonio, toda aquella oleada popular que desde la mañana estaba detenida alrededor de aquel dique momentáneo.

El ruido fué desapareciendo poco á poco.

El señor de Loignac montó á caballo con su gente.

Roberto Briquet, que se había quedado el último después de haber sido el primero, pasó flemáticamente la cadena del puente, diciendo:

Todas esas gentes querían ver alguna cosa, y nada han visto, ni aun de sus mismos negocios. Yo que no quería ver nada, soy el único que he visto algo. Es curioso, continuemos; pero, ¿á qué continuar? Bastante sé ya. ¿Me será muy ventajoso el ver descuartizar al señor de Salcedo? ¡No por cierto! Además, he renunciado ya á la política.

Vamos á comer; el sol señalaría las doce, si hiciese sol, ya es tiempo.

Dijo, y entró en París con su tranquila y maliciosa sonrisa.

IV.

El palco de S. M. Enrique III, en la plaza de Greve.

Ahora, si siguiésemos hasta la plaza de Greve, á donde va á dar esa vía populosa del barrio de San Antonio, hallaríamos entre el gentío á muchos de nuestros conocidos; pero, mientras que todos esos pobres ciudadanos, menos cuerdos que Roberto Briquet, corren allá, unos tras otros, atropellándose y dándose de codazos, nosotros, gracias al privilegio que nos dan nuestras alas de historiadores, preferimos transportarnos á la misma plaza,

y cuando hayamos abarcado de una ojeada todo aquel espectáculo, volveremos un instante hacia lo pasado, á fin de profundizar la causa después de haber contemplado el efecto.

Puede decirse que maese Friard tenía razón en calcular en cien mil hombres, á lo menos, el número de hombres que debían agolparse á la plaza de Greve y sus alrededores para gozar del espectáculo que allí se preparaba. Todo París se había dado cita para aquella plaza, y París es muy exacto. París no falta á una fiesta, y fiesta es, y extraordinaria, la ejecución de un hombre, cuando este hombre ha sabido suscitar tantas pasiones, que los unos le maldicen y los otros le elogian, mientras que el mayor número le compadece.

El espectador que lograba desembocar en la plaza, por el muelle cerca de la taberna de la Imágen de Nuestra Señora, ó por el mismo soportal de la plaza Beaudoyer, percibía desde luego, en medio de la Greve, á los arqueros del teniente de guarnacha, Tanchou, y gran número de Suizos y caballos ligeros rodeando un pequeño cadalso levantado á una altura como de cuatro pies.

Aquel cadalso, tan bajo que sólo era visible para

los que lo rodeaban, ó para aquellos que tenían la fortuna de estar á alguna ventana, aguardaba al paciente, del cual se habían apoderado los religiosos desde la mañana, y al que, según la enérgica expresión del pueblo, estaban aguardando sus caballos para hacerle hacer el gran viaje.

En efecto, bajo un cobertizo de la primera casa después de la calle del Carnero, en la plaza, cuatro vigorosos caballos del Perche, de redondas grupas, crines blancas, pies cubiertos de pelo, manoteaban el suelo con impaciencia, y se mordían unos á otros relinchando, con gran espanto de las mujeres que habían elegido aquella plaza por su gusto, ó que habían sido arrastradas allí por la fuerza.

Aquellos caballos eran nuevos; apenas si alguna vez, por casualidad, habían soportado en su ancho lomo, en los llanos pastos de su país natal, al hijo rollizo de algún paisano, rezagado al volver de los campos cuando se pone el sol.

Pero, después del cadalso vacío, después de los caballos relinchando, lo que más constantemente fijaba las miradas del gentío, era el balcón principal de la casa de Ayuntamiento, colgado de terciopelo encarnado y oro, y del cual pendía un tapiz de

terciopelo adornado con el escudo de las armas reales.

Era porque, en efecto, aquel balcón era el palco del rey.

Daba la una y media en San-Juan-en-Grève, cuando aquel balcón, semejante al marco de una pintura se llenó de personajes que iban á colocarse en su cuadro.

Primero se presentó el rey Enrique III, pálido, casi calvo, aunque á la sazón no tenía más que treinta y cinco años, ojos hundidos en sus cárdenas órbitas, y la boca agitada por contracciones nerviosas.

Entró taciturno, con la mirada fija, majestuoso y vacilante á la vez, extraño en su traje, extraño en su andar, sombra más bien que ser viviente, espectro más bien que rey; misterio siempre incomprendible, y nunca comprendido para sus vasallos, quienes, viéndole presentarse, jamás sabían si debían gritar ¡viva el rey! ó rezar por su alma.

Enrique iba vestido de una ropilla negra con alamares del mismo color; no llevaba ninguna condecoración ni pedrerías; un solo diamante brillaba

en su gorra, sirviendo de presilla á tres plumas cortas y rizadas. En su mano izquierda llevaba un falderito negro, que su cuñada María Stuardo le había enviado desde su prisión, y sobre cuya sedosa piel brillaban sus dedos finos y blancos como alabastro.

Detrás de él venía Catalina de Médicis, encorvada ya por la edad, pues la reina madre podía tener entonces de setenta á setenta y siete años; pero llevando aún la cabeza firme y derecha, lanzando, por debajo de sus cejas fruncidas por el hábito, una mirada acerada, y, á pesar de aquella mirada, siempre mate y fría como una estatua de cera bajo su vestido de eterno luto.

En la misma línea aparecía la melancólica figura de la reina Luisa de Lorena, mujer de Enrique III, compañera insignificante en apariencia, pero en realidad fiel, de su vida ruidosa é infortunada.

La reina Catalina de Médicis marchaba á un triunfo.

La reina Luisa asistía á un suplicio.

El rey Enrique trataba en ello un negocio.

Triple matiz que se leía en la frente altiva de la primera, en la frente resignada de la segunda, y

en la frente nebulosa y disgustada del tercero.

Detrás de los ilustres personajes que admiraba el pueblo, tan pálidos y tan mudos, venían dos jóvenes: el uno de veinte años apenas, el otro de veinticinco á lo sumo.

Venían cogidos del brazo, á pesar de la etiqueta que prohíbe delante de los reyes, como en las iglesias delante de Dios, que los hombres parezcan pegarse á alguna cosa.

Aquellos jóvenes se sonreían, el menor con una tristeza inefable, el mayor con una gracia hechicera: eran bellos, grandes, eran hermanos.

El más joven se llamaba Enrique de Joyeuse, conde del Bouchage; el otro el duque Ana de Joyeuse. Aun recientemente no era conocido en la corte más que con el nombre de Arques; pero el rey Enrique, que le amaba sobre todas las cosas, le había hecho par de Francia hacia un año, erigiendo en ducado con la dignidad de par el vizcondado de Joyeuse.

El pueblo no sentía hacia aquel favorito el odio que en otro tiempo profesara á Maugirón, á Quélus y á Schomberg, odio que sólo de Epernon había heredado.

Por consiguiente el pueblo acogió al príncipe y á los dos hermanos con aclamaciones discretas, pero lisonjeras.

Enrique saludó al gentío con gravedad y sin sonrisa, luego bajó la cabeza hacia su falderito.

Entonces volviéndose hacia los jóvenes:

— Arrímate á la tapicería, Ana, — dijo al mayor, — no te fatigues con estar en pie, que puede que esto sea largo.

— Así lo espero, — interrumpió Catalina, — largo y bueno, señor.

— ¿Creéis que Salcedo hablará, madre mía? — preguntó Enrique.

— Espero que Dios dará esa confusión á nuestros enemigos. Digo á nuestros enemigos, porque son también vuestros enemigos, hija mía, — añadió volviéndose hacia la reina, que se puso pálida y bajó su dulce vista.

El rey meneó la cabeza en señal de duda. Luego volviéndose otra vez hacia Joyeuse y viendo que éste se mantenía en pie á pesar de su invitación:

— Veamos, Ana, — dijo, — haz lo que te he dicho; arrímate á la pared, ó apoya los codos sobre mi sillón.

— V. M. es en verdad demasiado bueno, — dijo el joven duque, — y no me aprovecharé del permiso hasta que esté realmente cansado.

— Y no aguardaremos á que lo estés, ¿no es verdad, hermano mío? — dijo muy quedo Enrique.

— Tranquilízate, — respondió Ana con los ojos más bien que con la voz.

— Hijo mío, — dijo Catalina, — ¿no veo un tumulto allí abajo en la esquina del muelle?

— ¡Qué vista tan penetrante, madre mía! En efecto, creo que tenéis razón. ¡Qué mala vista tengo!... ¡Y sin embargo aun no soy viejo!

— Señor, — interrumpió libremente Joyeuse, — ese tumulto proviene de las oleadas del pueblo sobre la plaza obligado á separarse por la compañía de los arqueros. No cabe duda, llega el paciente.

— ¡Qué lisonjero es para los reyes, — dijo Catalina, — ver descuartizar á un hombre que tiene en sus venas una gota de sangre real!

Y al decir estas palabras, fijaba su mirada sobre Luisa.

— ¡Madama, perdonadme, excludme á mí! — dijo la joven reina con una desesperación que en

vano trataba de disimular, — no, ese monstruo no es de mi familia, y vos no habéis querido decir que lo era.

— Ciertamente, no, — dijo el rey; — y estoy bien seguro de que mi madre no ha querido decir eso.

— ¡Eh! pero, — replicó con acritud Catalina, lo es de los Lorenas, y los Lorenas lo son vuestros, madama; á lo menos así lo creo. Por consiguiente ese Salcedo es pariente vuestro, y aun bastante cercano.

— Es decir, — interrumpió Joyeuse con una honrosa indignación que era el rasgo distintivo de su carácter, y que se manifestaba en cualquiera ocasión contra el que la había excitado, fuera quien fuese; — es decir que es quizá pariente del señor de Guisa; pero no de la reina de Francia.

— ¡Ah! ¿Estáis ahí, señor de Joyeuse? — dijo Catalina con indefinible altivez y devolviendo una humillación por una contrariedad. — ¡Ah! ¿Estáis ahí? no os había visto.

— Estoy aquí, no sólo por consentimiento sino por orden del rey, señora, — respondió Joyeuse interrogando á Enrique con la vista. — No es tan

recreativo el ver descuartizar á un hombre, para que yo venga á semejante espectáculo á no ser forzado á ello.

— Joyeuse tiene razón, madama, — dijo Enrique; — no se trata aquí de los Lorenas ni de Guisa, ni menos de la reina; trátase solamente de ver descuartizar á Salcedo, es decir, á un asesino que quería matar á mi hermano.

— Hoy estoy de mala suerte, — dijo Catalina, amainando de repente, que era su táctica ordinaria; — hago llorar á mi hija, y, Dios me perdone, creo que hago reír al señor de Joyeuse.

— ¡ Ah, señora! — exclamó Luisa cogiendo las manos de Catalina, — ¿ es posible que V. M. se equivoque acerca de mi dolor?

— Y acerca de mi respeto, — añadió Ana de Joyeuse inclinándose sobre el brazo del sillón real.

— Es verdad, es verdad, replicó Catalina lanzando un último dardo al corazón de su nuera. — Debería saber lo penoso que os es, mi querida hija, el ver descorrer el velo á los complots de vuestros aliados de Lorena, y aunque no tengáis nada que ver con ellos, no por esto sufriréis menos por ese parentesco.

— ¡ Ah! en cuanto á eso, madre mía, es algo cierto, — dijo el rey tratando de poner á todos de acuerdo; — porque, en fin, esta vez sabemos á qué atenernos sobre la participación de los señores de Guisa en ese complot.

— Pero, señor, — interrumpió con más atrevimiento que hasta entonces Luisa de Lorena. — V. M. sabe bien que al llegar á ser reina de Francia dejé á mis parientes muy abajo del trono.

— ¡ Oh! — exclamó Ana de Joyeuse; — ya veis, señor, que no me equivocaba: ahí tenemos ya al paciente en la plaza. ¡ Caramba, qué figura tan fea!

— Tiene miedo, — dijo Catalina; — hablará.

— Si tiene fuerzas para ello, — dijo el rey, — ved, madre mía; su cabeza vacila como la de un cadáver.

— No me desdigo, señor, es espantoso, — dijo Joyeuse.

— ¿ Cómo quieres que sea hermoso un hombre que tiene pensamientos tan feos? ¿ No te he explicado, Ana, las relaciones secretas que hay entre el físico y el moral, como Hipócrates y Galeno las comprendían y las han explicado ellos mismos?

— No digo que no, señor; pero yo no soy un discípulo de vuestra fuerza, y he visto algunas veces hombres muy feos que eran unos soldados muy valientes; ¿no es verdad, Enrique?

Joyeuse se volvió hacia su hermano como para llamar su aprobación en apoyo suyo; pero Enrique miraba sin ver, escuchaba sin oír, estaba absorto en una profunda meditación, por lo que fué el rey quien contestó:

— ¡Dios mío! ¡querido Ana! — exclamó, — ¿quién te dice que ese no sea valiente? Lo es; ¡par diez! como un oso, como un lobo, como una serpiente. ¿No recuerdas sus proezas? Ha quemado en su casa á un caballero normando enemigo suyo; se ha batido diez veces, y ha matado á tres de sus adversarios; ha sido sorprendido haciendo moneda falsa y condenado á muerte por ese hecho.

— Por señas que ha sido perdonado por intervención del señor duque de Guisa, vuestro primo, hija mía, — dijo Catalina de Médicis.

Esta vez Luisa llevaba apuradas sus fuerzas; se contentó con exhalar un suspiro.

— Vamos, — dijo Joyeuse, — hé ahí una exis-

tencia bien aprovechada y que va á terminar bien pronto.

— Yo espero, señor de Joyeuse, — dijo Catalina, — que, al contrario, va á terminar lo más lentamente posible.

— Señora, — dijo Joyeuse meneando la cabeza, — veo allá debajo de aquel cobertizo unos caballos tan buenos y que me parecen tan incomodados de verse forzados á estar allí ociosos, que no creo han de hacer grande resistencia los músculos, los tendones y cartílagos del señor de Salcedo.

— Así sería, si no estuviese previsto el caso; pero mi hijo es misericordioso, — añadió Catalina con una de aquellas sonrisas que le eran peculiares, — y mandará á decir que tiren suavemente.

— Sin embargo, señora, — objetó tímidamente la reina, — os he oído decir esta mañana á la señora de Mercœur, á lo menos tal me parece, que ese desgraciado no sufriría más que dos tirones.

— Ciertamente, si él se conduce bien, — respondió Catalina; en ese caso se le despachará lo más pronto posible; pero ya comprendéis, hija mía, y yo quería, puesto que os interesáis por él, que

pudiérais hacer que le dijeran que se conduzca bien; esto á él le interesa.

— Es que, madama, — dijo la reina, — no habiéndome dado Dios la fuerza que á vos, no tengo gran ánimo para ver sufrir.

— Y bien, no miraréis, hija mía.

Luisa se calló.

El rey no había oído nada; se hacía todo ojos, porque se ocupaban en sacar al paciente del carro que le había traído para colocarle en el pequeño cadalso.

En este intermedio, los alabarderos, los arqueros y los Suizos habían hecho ensanchar considerablemente el espacio, de suerte que alrededor del cadalso había un vacío bastante grande para que todas las miradas distinguiesen á Salcedo, no obstante la poca elevación de su fúnebre pedestal.

Salcedo podía tener de treinta y cuatro á treinta y cinco años, y era fuerte y vigoroso; las facciones pálidas de su cara, por la que se deslizaban algunas gotas de sudor y de sangre, se animaban, cuando miraba en torno suyo, con una expresión indefinible, tan luego de esperanza como de angustia.

Desde luego había dirigido la vista al balcón del

rey; pero, como hubiese comprendido que en lugar de la salud era la muerte lo que de allí le venía, no se detuvo allí su vista.

De donde él esperaba era del gentío; en donde él registraba con sus ardientes ojos, y con su alma, estremeciéndose en el borde de sus labios, era en el seno de aquella borrascosa mar.

El gentío guardaba silencio.

Salcedo no era un asesino vulgar. Salcedo era, primero, de buena cuna, pues que Catalina de Médicis, que era tanto más instruída en materia de genealogía, cuanto que parecía hacer ascos de ello, había descubierto una gota de sangre real en sus venas. Además, Salcedo había sido un capitán de alguna fama. Aquella mano, ligada con una cuerda vergonzosa, había llevado valerosamente la espada; aquella cabeza lívida, en que se pintaban los terrores de la muerte que el paciente hubiera sin duda encerrado en lo más recondito de su alma, si la esperanza no ocupase en ella demasiado lugar, aquella cabeza lívida había abrigado grandes desig-nios.

Resultaba de lo que acabamos de decir, que para muchos espectadores, Salcedo era un héroe; para

otros muchos una víctima; algunos le miraban como un asesino, pero á la muchedumbre le cuesta mucho trabajo admitir en su desprecio, en el rango de los criminales ordinarios, á aquellos que han intentado esos grandes asesinatos que registra el libro de la historia al mismo tiempo que el de la justicia.

Así, se contaba entre el gentío que Salcedo descendía de una raza de guerreros; que su padre había combatido rudamente al cardenal de Lorena, lo que le había valido una muerte gloriosa en medio de la matanza del San Bartolomé; pero que más tarde el hijo, olvidando aquella muerte, ó más bien sacrificando su odio á cierta ambición por la que siempre tienen alguna simpatía los populachos, había hecho un pacto con la España y los Guisas para aniquilar, en Flandes, la soberanía nascente del duque de Anjou, tan aborrecido de los franceses.

Citábanse sus relaciones con Baza y Balouin, autores presuntos del complot que había faltado poco para costar la vida al duque Francisco, hermano de Enrique III; citaban la destreza que había desplegado Salcedo en toda aquella causa para salvarse de la rueda, de la horca y de la hoguera sobre que

aún humeaba la sangre de sus cómplices; solo él, decían los loreneses, había sabido, con sus revelaciones falsas y llenas de artificio, engolosinar á los jueces, hasta tal punto, que, para saber más de él, el duque de Anjou, suspendiendo momentáneamente su ejecución, había mandado conducirle á Francia, en lugar de hacerle decapitar en Amberes ó Bruselas. Verdad es que había venido á parar al mismo resultado, pero en el viaje, que era el objeto de sus revelaciones, esperaba Salcedo ser libertado por sus partidarios. Por desgracia suya, había echado las cuentas sin el señor Bellievre, el cual, encargado de aquel precioso depósito, le había sabido guardar tan bien, que ni los españoles, ni los loreneses, ni los de la Liga se habían aproximado á distancia de una legua.

En la cárcel, Salcedo había esperado; había esperado en la tortura; en la carreta, había esperado aún; en el cadalso, seguía esperando. No porque le faltase valor ó resignación; pero era de esas criaturas vivaces que se defienden hasta el último aliento con esa tenacidad y ese vigor que no siempre alcanza la fuerza humana en los espíritus de un valor secundario.

El rey no perdía, más que el pueblo, aquel pensamiento incesante de Salcedo.

Catalina, por su parte, estudiaba con ansiedad hasta el menor movimiento del desgraciado joven; pero estaba muy lejos para seguir la dirección de sus miradas y notar su juego continuo.

Á la llegada del paciente, se habían levantado, como por encanto, en el gentío gradas de hombres, mujeres y niños; cada vez que aparecía una cabeza nueva por encima de aquel nivel movable, pero medido ya por el vigilante ojo de Salcedo, lo analizaba todo en un examen de un segundo que equivalía al examen de una hora á aquella organización excitada, en quien el tiempo, que era para él tan precioso, decuplicaba ó más bien centuplicaba las facultades.

Luego, después de aquella ojeada, de aquel rayo lanzado sobre el rostro desconocido y nuevo, Salcedo quedaba triste, y volvía á otra parte su atención.

Entretanto el verdugo había comenzado á apoderarse de él, y le ataba por medio del cuerpo al centro del cadalso.

Ya, á una señal de maese Tanchou, que mandaba

la ejecución, dos arqueros, penetrando por entre el gentío, habían ido á buscar los caballos.

En otras circunstancias, ó en otra situación, no habrían podido los arqueros dar un paso por entre aquella masa compacta, pero el gentío sabía lo que iban á hacer los arqueros, y se estrechaba y abría paso, como en un teatro se abre siempre paso á los actores encargados de papeles importantes.

En aquel momento se sintió algún ruido á la puerta del balcón real, y el ujier, levantando las cortinas, advirtió á SS. MM. que el presidente Brisson y cuatro oidores, uno de los cuales era el relator de la causa, deseaban tener el honor de conversar un instante con el rey respecto de la ejecución.

— ¡ Admirable ! — dijo el rey.

Luego, volviéndose hacia Catalina :

— Y bien, madre mía, — continuó, — vais á quedar satisfecha.

Catalina hizo un ligero movimiento de cabeza en señal de aprobación.

— Mandad entrar á esos señores, — dijo el rey.

— Señor, una gracia, — dijo Joyeuse.

— Habla, Joyeuse, — respondió el rey, — y como no sea la del reo...

— Tranquilizaos, señor.

— Ya escucho.

— Señor, hay una cosa que ofende de un modo particular la vista de mi hermano y sobre todo la mía; y son las togas encarnadas y negras. Dignese V. M. permitirnos que nos retiremos.

— ¡Cómo! ¿Tan poco os interesáis, señor de Joyeuse, en mis negocios, que solicitáis retiraros en semejante momento? — exclamó el rey.

— No creáis eso, señor; todo lo que concierne á V. M. es de un profundo interés para mí; pero soy de una organización miserable, y, en este punto, la mujer más débil es más fuerte que yo. No puedo ver una ejecución sin ponerme enfermo para ocho días, y como no hay más que yo que ría en la corte desde que mi hermano, no sé por qué, no se ríe, juzgad lo que va á ser de ese pobre Louvre, tan triste ya, si me ocurre hacerlo aún más triste. Así, por favor, señor...

— ¡Tú quieres dejarme, Ana! — dijo el rey con un acento de indefinible tristeza.

— ¡Caramba! señor, sois exigente; una ejecución en la plaza de Greve, es decir, la venganza y el espectáculo á la vez, ¿y qué espectáculo? un

espectáculo del que vos, al contrario que yo, sois el más curioso; la venganza y el espectáculo no os bastan, y necesitáis gozar al mismo tiempo de la debilidad de vuestros amigos.

— Quédate, Joyeuse, quédate; ya verás cómo es interesante.

— No lo dudo; aun temo, como he dicho á V. M., que el interés llegue hasta un punto tal en que yo no pueda sostenerlo. Así me permitís, ¿no es verdad?

Y Joyeuse hizo un movimiento hacia la puerta.

— Vamos, — dijo Enrique III suspirando, — haz lo que gustes, mi destino es vivir solo.

Y el rey se volvió, con la frente arrugada, hacia su madre, temiendo que hubiese oído el coloquio que acababa de pasar entre él y su favorito.

Catalina tenía el oído tan fino como la vista; pero cuando no quería oír, no había oído más sordo que el suyo.

En aquel intermedio, Joyeuse se había inclinado al oído de su hermano y le había dicho:

— ¡Alerta! ¡alerta, del Bouchage! mientras que entran esos odores, deslízate por detrás de

sus largas togas, y escapemos; el rey dice sí ahora, y dentro de cinco minutos dirá no.

— ¡ Gracias, gracias, hermano mío ! respondió el joven. — Estaba como tú, impaciente por marchar.

— Vamos, vamos, ahí tienes á los cuervos que llegan; desaparece, tierno ruiseñor.

En efecto, por detrás de los oidores se vió huir á los dos jóvenes como dos sombras, volviendo á caer, así que pasaron, las pesadas cortinas.

Cuando el rey volvió la cabeza, habían desaparecido ya.

Enrique lanzó un suspiro y besó su falderito.

V.

El suplicio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los oidores se mantenían en el fondo del balcón del rey, en pie y silenciosos, aguardando á que S. M. les dirigiese la palabra.

El rey se hizo esperar un instante; luego, volviéndose hacia ellos :

— Y bien, señores, ¿ qué hay de nuevo ? — preguntó. — Buenos días, señor presidente Brisson.

— Señor, — respondió el presidente con su dignidad fácil á que en la corte llamaban su urba-